

XII. EL ELLO DE FREUD Y EL *ELLO* DE GRODDECK.

El INVIERNO era la mejor época del año para unas vacaciones. En tiempo de calor, Baden-Baden estaba lleno de turistas y Groddeck trabajaba seis días a la semana, incluyendo el domingo (seguía tomándose el lunes como día de descanso y siempre salía del Sanatorio).

El viaje al bosque fue fructífero. Podía escribir fácil y rápidamente. Si Freud hubiera expresado dudas acerca del libro, probablemente también lo habría escrito Groddeck, pero no exageraba cuando decía que su afecto por Freud era el de un hijo que quiere complacer a su padre. En la conversación dijo más de una vez: “Quiero a Freud casi con idolatría.” Fue el elogio de Freud a *Der Seelensucher* lo que hizo que Groddeck siguiera pensando en publicarlo y la aprobación del libro proyectado hizo que escribir fuera un placer. Solo persistía un desacuerdo: la cuestión del inconsciente y del *Ello*.

A principios de la primavera de 1921, estaban terminados cinco capítulos del nuevo libro. Los había escrito en forma de cartas a una amiga querida, una joven inteligente que quería conocer algo del psicoanálisis. La forma la daba a Groddeck libertad para escribir con una franqueza fácil que habría sido imposible de otra manera. La segunda carta respondía a supuestas preguntas hechas por la amiga en respuesta a la primera carta y así sucesivamente. Dejó que su imaginación volara; explicaba los conceptos de acuerdo con experiencia personal, tomando acontecimientos de su propia vida, historias que le relataban sus pacientes y las experiencias de su corresponsal imaginaria. Las primeras cinco cartas daban el tono y el ritmo del libro. Le mandó las páginas a Freud y esperó una respuesta.

El 17 de abril, Freud replicó.

Es domingo y responder a su carta lo convertirá en día de fiesta para mí. Las cinco cartas son encantadoras. Estoy decidido a no dejarlas ir a ningún otro editor. Especialmente, resultan irresistibles aquellas en que usted habla de sí mismo. Debo decirle que mi hija, que ha sido la única lectora aparte de mí, aunque no libre de la antipatía que adquirió en La Haya, ha recibido la misma impresión.

Aunque nunca compartió la alta consideración, de su padre por Groddeck, Anna Freud quedó muy impresionada por el nuevo manuscrito. Freud seguía diciendo:

Bueno, estoy ansioso por la continuación, por saber si usted será capaz de seguir modelando la materia prima con tal facilidad y si podrá llevar adelante todos sus caprichos, para presentar claramente la base que le sirve para el salto. Su estilo es cautivador, su lenguaje es como música.

Y ahora para hablar de cuestiones más serias, comprendo por qué a usted no le basta el inconsciente y considera que es necesario el *Ello*.^{1*} *A mi me pasa lo mismo que a usted, solo que yo tengo un talento especial para contentarme con un fragmento.*^{2**} Porque el inconsciente es realmente solo un fenómeno, una indicación a falta de un conocimiento mejor, algo como si yo dijera: ¿qué haría si el señor de Havelock, cuya cara no puedo ver claramente, se apareciera una vez sin esta ropa?

Por tanto, he recomendado desde hace tiempo a mi círculo íntimo que no hagan contrastar el

1.-* Freud se refiere al *Ello* de Groddeck.

2.-** El subrayado es del autor.

inconsciente con el consciente, sino que hagan contrastar un Ego interrelacionado con lo reprimido que se desprende de él. Pero esto tampoco resuelve la dificultad. El Ego está igualmente inconsciente en sus profundidades y, sin embargo, flota junto con el núcleo de lo no reprimido. Por lo tanto, una representación más acertada parece ser que los lazos y separaciones observados por nosotros sólo tienen significado en los niveles casi superficiales y no en las profundidades, para las cuales su *Ello* sería el término apropiado, quizás así:

[Aquí hacia un pequeño diagrama]

Lo discutiremos con más extensión cuando el librito (el suyo) esté terminado. Preferiría discutir verbalmente, antes que escribir. Pero, ¿cómo podríamos hacerlo? ¿Podría usted tomarse unos días en el verano para venir a Gastein o a donde yo me encuentre después?

Dice usted también que me he alejado de lo erótico. Mi próxima pequeña publicación acaso le demuestre que cuando lo hago, sigo llevándome a Eros en este viaje. (*Psicología de grupo y análisis del ego*).

Con los más sinceros recuerdos y en expectación, suyo devotamente *Freud*.

Menos de seis meses antes, Freud se había estado quejando de que Groddeck “tomaba nuestro mutuo, indefinido e inalterable inconsciente y le atribuía toda clase de cualidades positivas que surgían de una fuente secreta de auto-realización”. Ahora reconocía que el “inconsciente inalterable no era suficiente”. También él necesitaba un concepto más amplio y se proponía tomarlo de Groddeck. La discusión, después de cuatro años, parecía haber terminado.

En realidad sólo fue una tregua temporal. Todo el alcance del *Ello* de Groddeck no era apreciado por Freud ni por ningún otro analista. Una de las firmes creencias de Groddeck era, por ejemplo, que la niña es femenina desde un principio y que la envidia del pene, cuando está presente, no es una fuerza poderosa del *Ello*. Groddeck podía haber expresado su concepción de la supremacía del *Ello* de la siguiente manera: “Si el *Ello* quisiera que las mujeres tuvieran pene, lo tendrían.”

Como a muchos de los seguidores de Freud, a Ernest Jones en ocasiones le resultaba difícil admitir que algunas de las ideas de Freud le vinieran de otros. El propio Freud no tenía esa dificultad para reconocer sus deudas. La biografía de Freud por Jones no se refiere mucho a la fuente de la nueva idea. Freud le dijo a Ferenczi, según escribe Jones, que estaba ocupado en “un librito, o en nada en absoluto. No le revelare el título, solo le diré que tiene que ver con Groddeck”.

Al explicar la traducción en las obras de Freud del *Das Es* como el *Id*, Jones dice que decidió emplear el latín porque era más consecuente. Menciona que el *It* había sido comúnmente empleado por Nietzsche y “difundido” por Groddeck. En realidad, el libro de Freud donde se utilizaba el nuevo término apareció en la primavera de 1923, en la misma época que el *Libro del Ello*, de Groddeck.

Jones explica el cambio que exigía el nuevo término:

La concepción del *Ello* (*Id*) era a la vez más amplia y más fructífera que la anterior del inconsciente, a la que en algunos aspectos tendía a sustituir en la práctica. Es más amplia y las razones que Freud dio de su extensión son muy instructivas. Originalmente, su concepción del inconsciente lo había hecho sinónimo de lo que estaba reprimido; en realidad, era por medio de su descubrimiento de esto último como había llegado a su concepción del inconsciente. Sin embargo, desde hacía algún tiempo Freud había comprendido que el inconsciente contenía más de lo que estaba reprimido. Aparte de la cuestión hipotética del estado de los impulsos primarios antes que las fuerzas de represión hubieran sido llevadas a actuar sobre ellos, la razón más convincente para imaginar la presencia de otro contenido del inconsciente además del material reprimido era una experiencia puramente clínica... Cuando un paciente manifiesta las señales fácilmente reconocibles de la resistencia, en la mayoría de

los casos tiene conciencia de su repugnancia y de su actitud recalcitrante, pero no con poca frecuencia se producen situaciones en las que no tiene la menor conciencia de ello; en otras palabras, tiene que ser operante una resistencia inconsciente. Los mismos impulsos reprimidos pugnan naturalmente por llegar a la conciencia para poder expresarse, de modo que cualquier resistencia debe emanar del propio ego. Se llega a la inevitable conclusión de que el ego no se limita a lo que el sujeto llama conscientemente su personalidad, sino que está contenido debajo del umbral de la conciencia; una parte del ego es consciente y una parte es inconsciente. Y esta última parte no es sólo preconsciente; es inconsciente en el sentido más pleno, ya que se necesita un gran esfuerzo para hacerla consciente.

Groddeck le había estado diciendo casi lo mismo a Freud desde 1917, y Freud no había podido aceptar el argumento. Aun después de aceptarlo y de darle crédito a Groddeck por ello, tenía algunas reservas. Se hizo claro, cuando se tradujeron ambos libros, que había sido prudente distinguir entre el Ello de Freud, el “*Id*” y el *Ello* de Groddeck, el “*It*”, porque el concepto del Ello de Freud, por amplio que fuera, no era todavía tan amplio como el concepto del *Ello* de Groddeck. El libro de Freud presentaba una descripción de lo que significaba para él el Ello, expresando su deuda a Groddeck.

Creo que ganaremos mucho siguiendo la sugestión de un autor que, por motivos personales, insiste en vano en que no tiene nada que hacer con los rigores de la ciencia pura. Me refiero a Georg Groddeck, que nunca se cansa de señalar que la conducta a través de la vida de lo llamamos nuestro ego es esencialmente pasiva y que, tal como él lo expresa, somos “vividos” por fuerzas desconocidas e incontrolables. Todos hemos tenido impresiones del mismo tipo, aunque puedan no habernos dominado al grado de excluir todas las demás y no debemos vacilar en buscar un lugar para Groddeck en el foro de la ciencia. Me propongo tomarlo en cuenta, llamando el Ego a la entidad que parte del sistema perceptivo y empieza por ser preconsciente, y, siguiendo a Groddeck, llamaré el Ello (*Id*) (*Es*) a la otra parte de la mente, en la que se extiende esta entidad y que se comporta como si fuera inconsciente.

Es interesante que Freud, a quien aburrían las pugnas por la prioridad en el descubrimiento científico y que escribió muchos artículos sobre autores que habían hecho observaciones que anticipaban las suyas propias, hubiera inspirado a tantos de sus seguidores una celosa protección de su originalidad. Posiblemente Jones no conocía el intercambio de cartas sobre el inconsciente y el Ello, pero después de la publicación del libro de Freud, *El Yo y el Ello*, es inexcusable que haya todavía psicoanalistas que apenas conozcan el nombre de Groddeck.

El propio Groddeck, después de su dolorosa decepción inicial al descubrir que Freud se le había anticipado, nunca volvió a preocuparse por la prioridad. Le entregó a Freud el Ello (*Id*) como un regalo (también él lo había tomado de Nietzsche). Era un instrumento, más útil para él que ningún otro, pero sólo un instrumento.

En mayo, Groddeck escribió nuevamente a Freud, invitándolo a visitarlo en Baden-Baden. Esta vez incluía a Anna en la invitación. Le complacía mucho que a Freud le gustaran las cartas y prometía enviar más tan pronto como estuvieran listas. Después describía el exitoso tratamiento de una mujer que padecía de una enfermedad crónica del corazón y una infección crónica en los pulmones. La historia, relatada con todos sus detalles en una carta y descrita muchos años después ante un Congreso Psicoterapéutico, muestra de manera excelente el modo en que Groddeck trataba a los pacientes en esa época.

Las primeras tres semanas de tratamiento combinado, físico y mental, produjeron buenos resultados, pero las cosas se detuvieron en la cuarta semana, y sobrevino una grave recaída. Entonces decidí actuar de una manera que con frecuencia me había parecido benéfica, aunque sólo cuando se aplicaba en el momento preciso de cualquier tratamiento. Le expliqué las cosas a la paciente como sigue: “Usted sabe que ha estado en pie y en movimiento y que no ha tenido dolores en varios años,

aunque el estado de su corazón ha sido el mismo. Que ahora usted esté enferma y tenga un edema no puede deberse, pues, al mal del corazón sino a alguna perturbación entre la acción del corazón y la oposición de su organismo a esa acción. El intento de fortalecer al corazón ha fracasado, como usted sabe. El intento que hemos hecho en las tres primeras semanas para disminuir la resistencia contra la acción del corazón produjo una mejoría; pero, en los últimos ocho días, aunque aparentemente el tratamiento no ha cambiado, hemos llegado por primera vez a un alto y luego hemos perdido terreno. Esto demuestra, si comprendemos las cosas, que algo en el tratamiento ha cambiado, de modo que ya no es eficaz. Todo tratamiento incluye dos factores: Primero, lo que se prescribe y, después, la influencia personal del médico. Como no se ha introducido ningún cambio en el régimen prescrito para usted, la perturbación se deberá a mi influencia personal. Quiero pedirle que reflexione acerca de qué es lo que tiene usted contra mí.” Recibí la respuesta habitual: la paciente no tenía absolutamente nada en contra mía. Por fin, como yo seguía obstinado en mi creencia y la paciente también, recurrí a la astucia y le pedí, sin advertencia previa, que repitiera uno de los mandamientos. De inmediato, sin ponerse a pensar, repitió el mandamiento contra el adulterio. “¿Por qué piensa usted que yo he cometido adulterio?”, le pregunté. “Me han dicho que es usted divorciado y, aunque su primera esposa vive todavía, ha vuelto a casarse.” “Así es”, le repliqué, “pero usted olvida que yo soy protestante y mi fe no prohíbe un segundo matrimonio aunque mi primera esposa viva todavía. Pero, ¿cuándo supo usted que mi primera esposa vive todavía?” “Hace ocho días.” “Entonces, fue en ese momento cuando usted empezó a empeorar. Debo decirle ahora otra cosa si hemos de obtener algo bueno de todo esto. Usted me ha hecho una acusación que no puede justificarse y lo hizo sabiendo que soy protestante. Y las acusaciones injustas sólo se hacen cuando el acusador ha cometido la misma falta que le atribuye al otro. Sé pues, con toda seguridad, que usted misma ha roto su juramento matrimonial.”

Muy afectada, mi paciente me relató entonces lo siguiente: “No es el voto de fidelidad terrenal lo que he roto, sino una promesa mucho más sagrada. De muchacha yo deseaba ser monja, pero mis padres se opusieron a mi deseo, y renuncié a ello, haciéndome a mí misma un juramento secreto e inviolable de que permanecería virgen por el resto de mi vida. He traicionado este voto, hecho a Dios, porque, como usted sabe, soy casada. Desde mi matrimonio he tenido amargas luchas con mi conciencia, que se renuevan tan pronto como parecen desaparecer. Me he referido a ello en confesión pero, aunque el sacerdote me ha asegurado que no tiene ninguna validez ese voto y, por tanto, no se comete ningún pecado mortal al quebrantarlo, no se me quita esa carga, ni encuentro la paz del espíritu.” Después de esta confesión sostuve otra charla con la paciente y le recomendé que, cuando volviera a su casa, analizara la situación con un sacerdote, no en confesión, sino en privado. (Lo que me había dicho demostraba que no confiaba en el juicio del sacerdote como confesor, de modo que eso sólo podía aumentar su sentimiento de culpa.) Me prometió hacerlo.

Cuando salí del cuarto, empezó a orinar, y en tales cantidades como pocas veces lo haya hecho un paciente mío, e indudablemente ninguno que sufriera de incapacidad para orinar como esta paciente. En cuatro horas había bajado cinco kilos y a la mañana siguiente otro kilo. Desde el momento en que relató su historia su estado mejoró día a día y, en poco tiempo, todas las señales de una compensación defectuosa habían desaparecido. Puede tenerse una idea de su estado por su pérdida de peso, que fue de cuatro kilos en las primeras cuatro semanas de tratamiento y de 25 kilos en las semanas que siguieron a la confesión. La paciente volvió a su casa completamente restablecida.

La historia de este caso, como todas las de Groddeck, fascinó a Freud. Escribió que no podía ir a visitarlo, aunque deseaba hacerlo. Quería “sentarse a la retaguardia durante algunas semanas para observar qué clase de arte realiza usted, como hice antes con Bernheim”. Esperaba que algo imprevisto sucedería que pudiera facilitar el viaje, y en ese caso llegaría sin anunciarse.

Groddeck siguió esperando la visita. Envío más capítulos de su libro. La obra proseguía fácilmente. En verdad, parecía que el libro se iba escribiendo solo. Estaba tan lleno de ideas que comprendió que tendría que hacer cortes para que el libro tuviera una extensión razonable.

“Una que otra vez”, escribió Groddeck “oigo algo sobre *Der Seelensucher*, pero lo mejor es lo que veo en mis amigos más cercanos. Todos lo esconden muy cuidadosamente.”

Groddeck no tenía idea, al escribir esto, de que su novela, que en su formato le había parecido tan “magnífica y digna”, causaba sensación, no sólo entre sus amigos, sino en los círculos psicoanalíticos.

Jones decía que era un libro “picante” que contenía algunos pasajes obscenos. Otros analistas, en especial Oskar Pfister, el clérigo suizo, consideraban que no era propio que una editorial científica lo hubiera publicado. No sólo provocaba discusiones, sino que hubo una reunión especial de protesta de la Sociedad Psicoanalítica Suiza. Cartas indignadas llegaban de analistas escandalizados, dirigidas a Freud, quien dijo amablemente, en una carta a Pfister: “Defiendo a Groddeck enérgicamente contra su respetabilidad. ¿Qué habría dicho usted si hubiera sido contemporáneo de Rabelais?”

Cuando por fin le llegaron a Groddeck las noticias del escándalo, le pareció divertido. Cuando el ruido pasó, la primera edición se había vendido y el libro entraba en una segunda edición. Groddeck pensó escribir una segunda parte, y Freud no se oponía a ello.

El libro de Cartas iba progresando. Le envió a Freud otra parte del original, y éste le respondió desde su lugar de vacaciones en Bad Gastein. Elogiaba la nueva sección del libro, pero empezaba a sentirse incómodo acerca de las reacciones de los demás. Quizás por las violentas reacciones a *Der Seelensucher*, sería bueno que Groddeck “pudiera sacrificar unos cuantos términos impropios y modificar algunos detalles que podrían molestar a distintos analistas... Necesito más fragmentos de análisis de pacientes”. Le decía que proyectaba ir a Seefeld por el resto de sus vacaciones y no tendría tiempo para visitar Baden-Baden.

Groddeck, decepcionado de nuevo, trató de explicarse:

Debo decir unas palabras para explicar mi falta de inhibiciones. En la época de mi formación, las palabras, las palabras exactas y objetivas, desempeñaron un gran papel. Yo mismo nunca logré ser tan exacto y objetivo como se me pedía y, como no podía hacerlo, he observado de cerca, siempre que me ha interesado, especialmente en medicina, a los que han tenido fama en esta peculiaridad. Como he querido descubrir sus defectos, los he visto, y he llegado a la peculiar sobrestimación de los subjetivo y debatible. De esto se ha desarrollado entonces una especie de exactitud de la paradoja que podría parecer no dominada y que lo es, en cierto sentido. La definición ha sufrido mucho con esto... Poco a poco, pues, perdí la comprensión de la definición, de modo que he tenido grandes dificultades para entender lo que usted quiere decir, y muchas veces no puedo hacerlo. Se levantó una barrera que ha cerrado para mí una buena parte del mundo. La parte más importante de mi incapacidad para limitarme no es que me lance a interminables distancias, sino que no quiero mantener el orden en lo que es limitado... En otras palabras, no veo las fronteras entre las cosas, sino únicamente lo que las confunde entre sí. Esto es un error, pero también tiene sus grandes ventajas. Los cerebros sistemáticos necesitan para valorarlos de gente como yo. Algunas veces no hay que rechazar un poco de pimienta. En última instancia, mi falta de inhibiciones ha sido determinada probablemente por medio de mis padres, mis hermanos y mi hermana. Nos criaron según un refrán arrogante que decía: “Existen los buenos, los malos y los Groddeck.” Entre nosotros y los demás hay, por tanto, una barrera... Debí de significar mucho para mí quedarme como el único miembro de mi familia. Me quedé más pobre y más sano, con algunas ideas, después de las muertes que hubo en mi familia...

Perdóneme la larga exposición. Sea amable conmigo y tenga fe. Revisaré las cartas para limpiarlas, en lo posible, de lo que provoca objeciones. Supongo que quedará todavía lo suficiente para darme la satisfacción de que éste o aquél me condenen con su anatema.

En unos días más le mandaré otra remesa de cartas de la amiga. A su pregunta en cuanto a la composición, el volumen y el objetivo final, sólo puedo responder condicionalmente. No hay composición; el objetivo final fue escribir un libro que todo el mundo pudiera entender acerca del psicoanálisis, que facilitara el tratamiento. Mientras tanto, he descubierto que los libros no son de ninguna utilidad para el tratamiento. Por tanto, escribo sin tener en mente un objetivo final, sólo por

mi propio placer y el de aquellos a quienes les gusta como escribo, para quitarles el aburrimiento y acercarlos a mí. Quizás usted podrá decir cuando sea suficiente.

En realidad, no quiero volver a leer lo que acabo de escribirle. Hace un calor espantoso y aunque estoy sentado casi completamente desnudo, estoy empapado de sabiduría y de sudor. Preferiría que estuviera usted aquí...

Esta persistente actitud de humildad parece casi extraña al carácter del hombre que se opuso a Freud durante cuatro años acerca del significado del *Ello*. Ofrece hacer cortes a este libro, para dejarlo de una extensión que le agrade a Freud; está de acuerdo en atenuar pasajes que pudieran ofender a otros psicoanalistas; promete suprimir y reescribir.

En realidad, ello no es extraño a su carácter. Groddeck discutía en defensa del *Ello* porque lo necesitaba en su trabajo. Sin el *Ello* no podía explicarse a sí mismo. En el desacuerdo acerca de Ibsen no cedió, observando simplemente que “usted sigue pensando indudablemente lo mismo que antes”. Pero ahora escribía acerca del psicoanálisis y, en su relación con Freud, se sentía realmente el estudiante humilde, el discípulo dócil, ansioso de complacer al maestro. Desde Seefeld, donde pasaba parte de sus vacaciones, Freud escribió que había llegado la tercera remesa de cartas. “Son tan fascinantes como las anteriores, aunque quizás no tan audaces.”

Por supuesto, no eran tan audaces. Freud había considerado que las primeras eran demasiado audaces. Ahora que habían sido atenuadas para complacerlo, más bien lamentaba la pérdida. Sin embargo, el conjunto le impresionaba y quería que le llegara “a la gente cuyos prejuicios y limitaciones desatará, inspirándole expresiones de cólera”.

Aunque él en persona no podía visitar Baden-Baden, dijo que mandaría un sustituto.

XII. “El Ello de Freud y el *Ello* de Groddeck”, pp. 81-89, EL PSICOANALISTA PROFANO. Vida y obra de Georg Groddeck, Carl M Grossman y Sylva Grossman, 1ª Edición en español, 1967, Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis, Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

Volver a publicaciones de y sobre Georg Groddeck

Volver a News 9-ex-63